

## ENCUENTROS EN VERINES 2011

Casona de Verines. Pendueles (Asturias)

### **LOS NUEVOS RITUALES DE LECTURA LITERARIA EN PANTALLA**

María Goicoechea de Jorge

[mgoico@filol.ucm.es](mailto:mgoico@filol.ucm.es)

Universidad Complutense de Madrid

Una de las principales repuestas de los lectores ante la llegada de los nuevos soportes de lectura en pantalla ha sido la de reconocer y, por tanto, traer a un nivel consciente el tipo de ritual de lectura asociado con el libro impreso: se hacen patentes los tiempos y espacios de la lectura, los hábitos asociados al acto de leer la página impresa (subrayar, anotar), los estímulos sensoriales y emotivos que produce nuestra relación con los libros, el valor asociado a la lectura, etc. Los hábitos de la lectura en papel adquieren el estatus de ritual en torno a un objeto de culto: el libro. Esta reacción nostálgica pone de manifiesto, sin embargo, la llegada de nuevos hábitos de lectura en pantalla. Determinar las características de estos nuevos rituales de lectura en pantalla es el objeto de estudio hacia el que me gustaría encaminar esta charla.

Como veremos, los rituales de lectura son plurales y porosos entre sí. Con el tiempo los rituales de lectura en pantalla han ido fraguando en torno a una serie de conceptos que se repiten: la literatura digital es interactiva (se habla del lector como co-autor del texto digital, en inglés se ha acuñado la palabra *wreader*), multimedia (pues la palabra va cediendo su espacio a otros códigos, como la fotografía, la música, el vídeo, la animación, etc.), fragmentada (la lectura se combina con otras tareas y los textos en pantalla se acortan hasta evolucionar en una multiplicidad de microgéneros). El texto digital parece también haber engullido enormes cantidades de textos impresos, un movimiento que algunos han denominado “remediación” (en el sentido de transformación de un medio dentro de otro), o fusión de medios. En este nuevo ecosistema de medios, será necesario distinguir no sólo entre

la literatura digitalizada y la nacida digital, sino también en toda una gradación de géneros entre medias, con mayor o menor herencia de la tradición impresa, por un lado, o impronta digital, por otro.

Pero no sólo los textos se hayan en plena transición, sino que a menudo debemos preguntarnos sobre el tipo de lector que tienen en mente los creadores y escritores de la literatura nacida digital. ¿Qué ocurre, por ejemplo, cuando el escritor no tiene en mente a un lector humano? En este sentido, quizá debemos introducir nuevas categorías de lectores: el lector ciborg (un lector ideal, capaz de manejar los códigos literarios y los informáticos) y la inteligencia artificial. De este modo, podremos valorar el tipo de lector implícito que proponen los textos digitales y llegar así a un análisis más certero de su mensaje. Es sintomática la frase de un ingeniero de Google recogida por Nicholas Carr en su libro *The Big Switch: Rewiring the World From Edison To Google*: “No estamos escaneando todos esos libros para que los lea la gente.... Los estamos escaneando para nuestras inteligencias artificiales”. Conviene tener en mente también que gran parte de la construcción del ciberespacio está en manos de informáticos no de escritores, y a pesar de que la tecnología que subyace a los textos digitales aumenta de complejidad cada día y es para la gran mayoría de los humanos totalmente opaca, resulta tranquilizador el hecho de que la gente siempre encuentra usos nuevos e imprevistos para las cosas. Es por ello que voy a centrarme en cómo están leyendo en pantalla los lectores de carne y hueso.

Otro factor a tener en cuenta es la variedad de dispositivos diferentes desde los que se tiene acceso al material de lectura – libros impresos, ordenadores, teléfonos móviles, tablets, e-readers, etc. El lector no sólo debe reconocer rápidamente las reglas de lectura de cada obra particular, sino que también debe familiarizarse con el manejo de múltiples dispositivos de lectura, cada uno con sus mecanismos y resortes particulares. Esta variedad tiene el efecto colateral de establecer guetos de lectores y convertir algunas obras en experiencias de lectura totalmente inaccesibles a la masa de lectores marginados del consumismo de *gadgets* tecnológicos. Por ejemplo, la hermosa aplicación creada para el iPad, *The Fantastic Flying Books of Mr. Morris Lessmore*, escrita y dibujada por William Joyce, sólo se podrá leer si se dispone de uno de estos dispositivos. La obra es un importante reclamo para este tipo de aparatos pues no es posible tener la experiencia interactiva de la lectura de este cuento para niños al menos de que se lea en el iPad. Esta historia de amor a la lectura introduce numerosos

elementos interactivos: se puede leer o escuchar la voz del narrador, contiene juegos, se puede pintar sobre ella, tocar el piano en un teclado táctil, jugar con la comida, etc. Otro ejemplo es el cuento para niños de Aya Karpinska, programado por Nick Dalton para iPads, iPhones o iPods de Apple, *Shadows never sleep* (2008): una pequeña obra que utiliza el movimiento de los dedos del lector sobre la pantalla táctil como elemento de avance en la narración. Jugando con las variaciones de tamaño de las letras y los saltos de una viñeta a otra producidos por el movimiento del zoom que realiza el lector con los dedos, la autora recrea el movimiento de las sombras, enlazando de modo aleatorio pequeños micro poemas, juegos de preguntas y respuestas a las sombras. La historia es muy sencilla y quizá no esté a la altura del concepto, sin embargo, el uso que hace del zoom resulta un experimento novedoso. Estos cuentos del siglo XXI son para niños que ya están desarrollando las profecías de McLuhan acerca de los ordenadores como extensión del sentido del tacto, pues empiezan a interactuar con la información de la pantalla directamente con sus dedos de manera muy intuitiva.



Fig. 2 y 3. Niveles 2 y 3 de *Shadows Never Sleep* (2008), de Aya Karpinska.

Sin embargo, a nosotros que crecimos leyendo libros y que tratamos de entender de qué manera los soportes electrónicos y la digitalización están cambiando nuestra forma de leer, nos gustaría, para empezar, poder tener una idea clara acerca de la especificidad de nuestra lectura en papel, lo cual no es del todo fácil ni evidente. Para el famoso crítico norteamericano, Sven Birkerts, nuestro salto al ciberespacio y al saturado ecosistema de los medios digitales, ha supuesto una pérdida irreversible: hemos cambiado

nuestra lectura concentrada y monográfica sobre el papel por el picoteo inquieto y fragmentado a base de golpes de ratón y escaneados rápidos de textos multimedia, lo que podríamos llamar también el *zapping* hipertextual y multimedia. Sin negar validez a la afirmación de Birkerts, me gustaría apuntar que debemos tener también en cuenta que todos los lectores hacen uso de distintos rituales de lectura según el momento y la tarea que la lectura deba llevar a cabo (como instruir, informar, entretener, o incluso formar parte de un acto religioso, etc.). Por tanto, cuando reflexionemos sobre los cambios acontecidos en nuestro modo de leer tendremos también que discriminar entre los distintos tipos de lectura y el modo en que cada tipo se ve afectado.

A pesar de que en muchas culturas la lectura es un acto ritual, oral y colectivo, en nuestra cultura occidental, el acto de leer no se considera un rito en sí mismo, y sólo recientemente ha sido objeto de estudio considerándose como otra actividad más dentro de las prácticas sociales que unen a una comunidad. La idea que quiero lanzar es que para comprender el momento de transformación en el que nos encontramos resulta útil adaptar conceptos del ámbito de la etnografía literaria y de la etnografía de la lectura, para estudiar la lectura en pantalla desde los valores y prácticas generadas por la cultura en la que se insertan, la cibercultura. Podemos considerar a la cibercultura como una especie de subcultura que surge de la cultura occidental y que se ha ido extendiendo a lo largo y ancho del globo, adquiriendo elementos de otras culturas y manifestándose de diversas maneras, pero reteniendo una serie de elementos comunes que la diferencian.

En relación con el estudio de los rituales, la etnografía distingue entre ritual, comportamiento ritualizado y hábito, lo cual pone de manifiesto una gradación en el tipo de valor que se atribuye a distintas actividades o, en nuestro caso, a distintos tipos de lectura. En un extremo del espectro se encontrarían los ritos, orquestados y compartidos socialmente, con un grado elevado de significación y trascendencia para sus participantes. En el otro extremo, situaríamos a los hábitos, actividades que pueden estar constituidas tanto por una persona individual como por reglas sociales, requieren un nivel de conciencia menor y un significado mucho más circunscrito que el del rito. A medio camino entre ambos clasificamos el comportamiento ritualizado. La noción europea u occidental que se tiene acerca de la lectura se aproxima a este punto medio, el comportamiento

ritualizado, y difiere de la de otras culturas para las que la actividad de la lectura pertenece a la esfera ritual.

Este marco teórico nos puede ayudar a reconocer qué tipo de lecturas cambian y evolucionan más fácilmente, cuáles son los participantes involucrados en la actividad, qué grado de implicación o lectura activa se espera por parte del lector, etc. Por ejemplo, ritos, comportamientos ritualizados y hábitos varían en el tipo de resistencia al cambio que cada uno ofrece, siendo el rito el más reticente y el hábito el menos. Esta diferencia nos indica que serán los hábitos de lectura, aquellos que se realizan con menor grado de conciencia y socialización (como ojear una revista o mirar una palabra en el diccionario), los primeros en verse afectados por un cambio tecnológico. Por el contrario, la riqueza de contenidos que se puede atribuir al rito hace que ésta sea una de las formas de transmisión de valores y significados más poderosas y resistentes al cambio. Su durabilidad con el paso del tiempo debe estar también relacionada con la forma en que actúa, tanto en un nivel cognitivo como en un plano emotivo.

Según estos criterios, podríamos pensar que la lectura literaria se encontraría más cerca del comportamiento ritualizado o del rito que del hábito, pues en general a estos se les atribuye un mayor grado de conciencia. Aunque el nivel de implicación en cada caso depende más de la persona que de la complejidad del guión de comportamiento de cada actividad. Otra característica concierne a su función comunicativa. Un hábito, como pueda ser un apretón de manos, tiene un mensaje más circunscrito (la persona que saluda no tiene intenciones abiertamente hostiles, por ejemplo), que un rito, cuyas propiedades simbólicas comunican una red de significados mucho más condensada, plural y ambigua. Así pues la participación en cada caso no estimula el mismo nivel de respuesta afectiva, siendo mucho menor la del hábito, obviamente.

Desde esta perspectiva, cuando se utiliza la expresión “hábitos de lectura” se está marcando implícitamente al acto de lectura con unas connotaciones particulares: es un hábito de construcción individual, que no requiere un nivel alto de conciencia, del que se extrae un significado claro y circunscrito, y que se modificará con facilidad una vez haya perdido su eficacia expresiva. Los hábitos de lectura en pantalla, como veremos a continuación, parecen estar caracterizados por el *zapping* hipertextual y se emplean para digerir un gran número de textos de diversa índole. La literatura depende, no obstante, de un acto de lectura que va más allá de un

hábito intrascendente y se acerca a un comportamiento ritualizado o rito en los que las convenciones de lectura de la comunidad cobran mayor relevancia. Esto nos lleva a distinguir entre distintos actos de lectura, dependiendo del grado de implicación y reflexividad que requieran, y quizá nos ayude a predecir el tipo de comportamiento que cabe esperar de nuestro ritual de lectura literaria. Si le aplicamos el patrón del rito, este tipo de lectura será el más difícil de cambiar, pero esta conclusión no tiene porqué parecer atávica, pues puede que sea precisamente por esta razón por la que los textos digitales dependen en gran medida de unas convenciones de lectura literaria ya adquiridas en el viejo medio, que son transportables al nuevo, y que, independientemente de la forma en que la nueva literatura se presente, van a poder continuar dotándola de un sentido literario.

El rito también requiere un tiempo especial, separado del resto, un tiempo al que se le dota de un valor trascendental, en relación al tiempo corriente y mundano de los comportamientos ritualizados. El tiempo dedicado al rito es un tiempo social en el que se pone el énfasis en las representaciones colectivas, destinadas a mantener o a cambiar el estatus dentro de un sistema; social, natural o de conocimiento, mientras que el comportamiento ritualizado se basa en representaciones idiosincrásicas, cuya función es mantener o cambiar el concepto que uno tiene de sí mismo. En el comportamiento ritualizado los roles de actor y participante confluyen en el individuo, mientras que en el rito distintas personas realizan distintos roles.

En este sentido, es importante destacar que el medio digital introduce la dimensión temporal como uno de los aspectos manipulables del texto literario. El autor, al retener cierto control sobre el modo en que su texto será leído, mantiene de este modo su rol tradicional. Este giro tiene la virtud de mantener la distancia entre los distintos actores y participantes del rito de lectura, en particular, la de distinguir claramente las figuras del escritor y el lector en un entorno donde las distancias entre ambos empiezan a acortarse, dada la facilidad, por ejemplo, con la que cualquier individuo puede hacer un documento público en la Red o manipular los ya existentes. En la mayoría de los casos, cuando los críticos se refieren a un lecto-escritor o *wreader*, se trata más bien de un lector que hace las veces de interventor técnico, pues su intervención es necesaria para que el dispositivo de la obra entre en funcionamiento de un modo más explícito que el sencillo acto de pasar las páginas de un libro. Sin embargo, el acto de seleccionar un enlace, en mi

opinión, no debe considerarse tanto como una forma de co-escritura del texto, sino como un hábito de la lectura en pantalla que ha adquirido un poder especial. Al hacer al lector partícipe de un nuevo ritual de lectura en el que la selección del recorrido es una característica consustancial al medio, se ha transformado su anterior paradigma de lectura. Nos encontramos realizando una lectura oriental, circular, llena de meandros, o para utilizar una palabra más postmoderna, una lectura rizomática del texto. Este movimiento exploratorio que caracteriza al ritual de la lectura en pantalla empieza a contaminar a otros medios; resulta ya frustrante cuando algún texto digitalizado no ha sido hipertextualizado a base de enlaces, pues nuestra imaginación empieza a crearlos incluso donde no los hay. Por tanto, esta experiencia característica de la cibercultura que es “leer en pantalla” significa aquí algo más que el sentido literal de la frase, pues representa una sensibilidad y forma de leer que se ha trasladado y ha “infectado” a otros medios.

La ecología de medios en que vivimos, como diría McLuhan, ha ido imperceptible pero inexorablemente cambiando el modo en que percibimos nuestra realidad, la analizamos e interactuamos con ella. Tener una conversación telefónica interrumpida por una nueva llamada en el móvil mientras de reojo vemos las noticias o revisamos nuestra cuenta de e-mail son experiencias cotidianas que dejarían boquiabiertos a nuestros antepasados más cercanos. Obviamente, la sobrecarga informativa a la que estamos sometidos a diario nos ha ido transformando y esto afecta también al tipo de lectores en que nos hemos convertido; unos lectores que a duras penas serían capaces, por ejemplo, de mantener una atención sostenida durante las largas sesiones de lectura a las que estaban acostumbradas generaciones pasadas y que marcaban la pauta de los capítulos de entonces. Pero estos nuevos lectores han desarrollado nuevas destrezas que les permiten adaptarse a la sobrecarga y encontrarse cómodos ante semejante bombardeo de *bits*: las noticias, los diccionarios y las compras en línea, el e-mail, las redes sociales, los blogs y los microblogs, las descargas de vídeo, música, juegos y un largo etc. se combinan de manera fluida en nuestras breves incursiones en el ciberespacio.

El medio impreso ha reaccionado frente a estos cambios simulando al medio virtual, como se puede observar en las revistas abanderadas de la cibercultura, *Mondo*, *Axcess*, o *Wired*. La dirección artística de *Mondo*, por ejemplo, tiene como dogma la sobrecarga de información, que es el estado

habitual de sus lectores, acostumbrados a navegar por la Red o a rebotar de un lado a otro por los hipertextos. La influencia de la edición digital, los ordenadores Macintosh, los escáneres y programas como Quark X Press y Adobe Photoshop ha sido enorme. Los lectores se han acostumbrado a engullir grandes cantidades de información en pequeñas dosis, son lectores insaciables de libros de un sólo uso y de revistas especializadas, leen entre noticias de noventa segundos interrumpidas por anuncios de 30, un trozo de canción, un titular, un cómic...

Los lectores de *Mondo* o *Wired* ya son ágiles lectores multimedia, que picotean de aquí y de allá sin prestar toda su atención a nada en concreto. Estas revistas están diseñadas para ser hojeadas, para que su información se absorba de manera subliminal mientras se hace otra cosa, pues sería imposible digerir toda la información que contienen de otra manera.

La sinestesia, o mezcla de sentidos y modos de lectura (la lectura de imágenes como si fueran textos, la lectura de textos escritos como si fueran meras grafías) y la lectura subliminal, la absorción inconsciente (o sin demasiada atención) de información, son dos de las claves para la lectura de los productos multimedia. La lectura se va vaciando de contenido simbólico profundo, convirtiéndose en un hábito, más que en un rito o comportamiento ritualizado. Pierde, por tanto, su función performativa o capacidad para transformar de manera sustancial al lector. Podríamos pensar que esta pérdida afectará también a la lectura literaria, pero ¿no era ya este tipo de recepción literaria la única posible ante textos monstruosos y tremendamente provocadores que forman parte ya del canon literario?

El zapping hipertextual al que hacía referencia Birkerts tiene su origen en la naturaleza misma de la red de Internet, pero es un hábito ya adquirido por el lector dentro de la ecología de medios propia de nuestra sociedad contemporánea. Sin embargo, en Internet los espacios entre textos de distinta índole se acortan y la velocidad de distribución de la información se ha aumentado de un modo exponencial. Ahora que el acceso de banda ancha a Internet se ha convertido en un fenómeno de masas, los artistas pueden utilizar vídeo y audio en un grado mucho mayor de lo que era antes posible. Esto está transformando también el tipo de lecturas y de textos que se pueden hacer.

Desde el ámbito de la creación literaria, la colaboración entre escritores y diseñadores gráficos o programadores resulta un maridaje cuyos frutos forman ya parte de un nuevo concepto de literatura y arte en el que

ambos resultan potenciados. Buen ejemplo de esta colaboración es la revista digital *Born Magazine: Art and Literature, together* ([www.bornmagazine.org](http://www.bornmagazine.org)), cuya larga trayectoria en Internet, desde 1996 hasta la fecha, la convierten en uno de los mejores escaparates para observar la evolución de las literaturas y las artes digitales en colaboración. *Born* reúne los productos artísticos fruto de una colaboración entre escritores, predominantemente poetas, y artistas gráficos que trabajan con interfaces multimedia interactivas.

Un ejemplo del uso de vídeo lo encontramos en la colaboración entre el poeta Joel Brouwer y el cineasta Andi Rusu en *And the slip sails on* (2009). Este tipo de colaboraciones sitúa al lector en una posición compleja pues el poema original ha sido traducido a imágenes y ha recuperado su dimensión oral. La lectura debe ser no tanto hipertextual como sinestésica; el lector debe aprender a fundir distintos códigos y géneros en una misma experiencia. Pero, ¿sigue siendo un poema? ¿Cuáles son los aspectos literarios que podemos reconocer en esta relectura de la obra de Brouwer?

Digamos que la experiencia literaria se libera del texto impreso y recupera parte de sus orígenes, como es la recitación y la incorporación del poema dentro de una experiencia artística más amplia y que engloba distintos medios. En la página que mostramos a continuación, con la entrevista a Brouwer para el libro electrónico *417/903* de *Born Magazine*, podemos observar como texto, dibujo, fotografía y vídeo conviven en un mismo espacio, invitando necesariamente a una lectura integradora e hipertextual.



Fig. Una página del libro electrónico *417/903*, que ofrece una retrospectiva de *Born Magazine*.

Esta progresiva desmaterialización del texto forma parte también del análisis etnográfico de los ritos de lectura, en los que el texto pasa a un segundo plano para analizar en primer lugar las expectativas, culturalmente aprendidas, que rodean al acto de lectura en sí. El texto se convierte en un objeto simbólico al servicio de un rito. Como un sistema semiótico de primer orden, el rito aporta un significado cultural que engloba al contenido del texto. Por ejemplo, la lectura del Corán como mensaje directo de Dios tiene un valor ritual que está por encima de los significados concretos de la sura que se esté leyendo, y los dota de unas connotaciones determinadas. Asimismo, la participación de los cibernautas en un espacio informático común dota a sus interacciones de un significado simbólico que trasciende el contenido de sus comunicaciones y lecturas, definiéndoles como comunidad que comparte un conjunto de valores, visiones de mundo, y representaciones de la realidad.

El comportamiento ritualizado de la lectura dentro de la cibercultura requiere, al igual que el resto de los ritos, de un adiestramiento particular. Este rito incluye mucho más que una alfabetización tecnológica - que permita al usuario manejar el entorno informático con destreza para realizar una lectura en pantalla propiamente dicha; también implica una socialización dentro de los ritos y costumbres de la cibercultura, como son la creación de una identidad virtual, el respeto de las reglas de etiqueta de la Red, el conocimiento de las jergas de las comunidades virtuales, y los mitos de la cibercultura, etc. Este tipo de socialización facilita la interpretación contextualizada de los textos digitales.

Para realizar una lectura literaria informada de las creaciones digitales es imprescindible ponerse al día respecto de las creaciones ya existentes en literatura digital, un escenario que avanza, se transforma, y sobre el que se va sedimentando un repositorio de obras ya consideradas clásicas. Es importante también para el ciberlector el reconocer la naturaleza un tanto estrábica de este tipo de creaciones, que tienen puesta su mirada, por un lado, en la tradición literaria en lengua impresa, pero que al mismo tiempo, tienen como punto de referencia la cultura digital que se gesta en el ciberespacio. Comprender las narrativas digitales -esas formas de explicar la composición del tejido de Internet, sus comunidades, las fuerzas que las gobiernan, su interacción con la realidad fuera de línea- es fundamental para saber interpretar los mensajes de las obras digitales dentro de su contexto.

La cibercultura, como parte de un contexto cultural predominantemente occidental, ha incorporado los valores de la lectura en formato impreso pero ha añadido nuevos ingredientes. Hay una tendencia a recuperar la dimensión ritual de la lectura a la vez que se mantiene la figura del lector solitario. Esta contradicción es uno de los principales problemas que introduce la cibercultura en este sentido, obligándonos a reconsiderar las premisas de las que parte la experiencia lectora, y el tipo de fibra social sobre la que se basa. Se torna necesario revisar la dicotomía entre la esfera personal y la esfera social, entre el mundo privado y el público.

El mundo virtual paralelo introduce variaciones paradójicas en nuestra experiencia tradicional de la lectura. Una de ellas es el aislamiento del lector frente a la máquina, inmerso en una infraestructura que es poderosamente social a la vez que celosamente privada. Este mundo virtual paralelo es una superestructura textual, pero a diferencia del texto tradicional es dinámica a la vez que estática. Los textos están inertes, colgados en el espacio, pero unas manos invisibles los cambian de sitio, los modifican, crean espacios abiertos a la interacción. El texto global de la Web se convierte en un espacio social sustitutivo, en el que tanto el texto, como sus múltiples interpretaciones, adiciones, y transformaciones sucesivas se superponen en un metatexto orgánico e infinito.

El lector cibernauta es un ser cuyo aislamiento y soledad destaca por la frialdad del medio, del cuerpo a cuerpo que lleva a cabo con el ordenador. Sin embargo, la posibilidad de interactuar, de recibir contestaciones y comunicarse, supone una imagen opuesta a la anterior, de conexión total. El ritual de la lectura en pantalla es físicamente solitario (la comunidad está disgregada en el espacio), y virtualmente colectivo (los avatares de sus participantes, con sus máscaras rituales, se reúnen en un espacio virtual). Esta paradoja representa las contradicciones de nuestra cultura, pues si la sociedad occidental ha privilegiado la lectura como actividad individual, que ha revertido en las prácticas tecnológicas actuales, en el uso de ordenadores personales, por ejemplo, es una tendencia natural en el ser humano la búsqueda de comunidad. Para algunos, quizá la comunidad virtual sea una más de las aberraciones a las que ha llegado una sociedad que se debate entre su ansia de contacto y su miedo al otro.

La capacidad para sintetizar que tiene el rito vuelve a recobrar fuerza tras el pronóstico de Marshall McLuhan de que la tecnología electrónica traerá consigo un retorno a formas primitivas de interacción, en las que el

conocimiento será sintetizado en los mitos de una aldea global. El rito de lectura, entendido como una forma de condensar una pluralidad de significados y vivencias, de dar una expresión y una forma concreta a lo misterioso e inasible, y de aportar una vía de trascendencia más allá de la experiencia mundana, surge junto a los mitos de la cibercultura, como respuesta frente a una atomización del saber que amenaza con dejar caer al lector en la complejidad (o trivialidad) más absoluta.

La irrupción masiva de la tecnología informática en nuestras vidas ha sido asimilada mediante una serie de mecanismos que, como ha observado McLuhan, denotan cierto “primitivismo”. A nivel popular, el nuevo entorno creado por la tecnología digital se “lee” en forma de mitos: como el mito de la aldea global, los mitos tecnopaganos, el mito del ciborg, etc. Internet se puebla de personajes del género gótico (demonios, vampiros, tiranos, rebeldes) como una estrategia de lectura, un recurso interpretativo, mediante el cual el lector traduce a un lenguaje esotérico todo aquello que no puede integrar racionalmente. En este sentido, los oscuros paisajes encantados del Gótico funcionan a modo de pantalla sobre la que trasladar todo tipo de preocupaciones acerca de las redes de ordenadores, traduciendo todo aquello que se vive en forma de suposiciones, coincidencias, e intuiciones en términos tomados prestados de la demonología, la magia y los misterios del más allá (virus que poseen al ordenador como si de fantasmas se tratara, vampiros que aprovechan el anonimato de la Red para cobrarse nuevas víctimas, males de ojo y maldiciones que se transmiten vía correo electrónico, etc.).

Todas estas narrativas digitales forman parte ya de los valores e ideas que conforman la cibercultura. Para los lectores “informados”, la ciencia informática y sus conceptos (programación, lenguaje, retroalimentación, memoria, lectura, disco duro, etc.) se convierten en el nuevo paradigma de conocimiento. Es necesario destacar, no obstante, que gran parte de las narrativas digitales han sido creadas por científicos: el ciberespacio como edén primigenio, la supremacía de la mente sobre el cuerpo, la búsqueda de trascendencia vía ordenador, la visión apocalíptica del futuro, todas estas ideas basadas en la separación entre el mundo corrupto e imperfecto de la carne y el mundo ideal de las ideas computerizadas. Como podemos observar, el concepto de ciberespacio que se desprende de esta visión tecnoromántica está imbuido del legado de Platón sobre la naturaleza de lo real, pero llevado un paso más allá, al considerar el mundo hecho de

información superior al mundo de las ideas, ya que los datos que se utilizan para construirlo tienen una base empírica. La utopía tecnorromántica, una de las narrativas digitales más potentes, es concebida como un retorno a los valores de la Ilustración y del Modernismo, incluida su confianza en la razón humana para desarrollar una cultura de la máquina positiva y saludable, y para construir mundos habitables, aunque éstos sean virtuales.

Para concluir, me gustaría recalcar que todas estas disquisiciones en torno a la lectura como ritual ponen de manifiesto una serie de parámetros: tipo de construcción (social o individual); nivel de conciencia; función comunicativa (significación circunscrita o ambigua); resistencia al cambio; tiempo social o personal; cambio externo o interno, etc., que se pueden aplicar al estudio sincrónico y diacrónico de la lectura. En un análisis sincrónico aplicado a las variantes culturales del rito de lectura, estos parámetros permiten circunscribir el tipo de expectativas que se han proyectado culturalmente sobre dicha práctica y el significado que se le ha atribuido. A su vez permiten evaluar los cambios acontecidos diacrónicamente en los rituales de lectura dentro de una comunidad de lectores determinada.

Ritualizar la lectura se convierte, pues, en una fecunda metáfora que permite entender mejor los cambios en las formas de lectura que caracterizan a este periodo de transición entre el medio impreso y el digital. De algún modo esto significa traer al frente la dimensión social de todo acto de lectura. A pesar de que la evolución acontecida en la sociedad occidental ha sido hacia una lectura cada vez más solitaria, la lectura siempre ha necesitado de redes sociales para florecer, y por tanto será útil reflexionar sobre esta dimensión social y cultural para comprender nuestra evolución como lectores.